

La legendaria ciudad
amurallada de Skándara
o La espada Golondra

Alejandra Atala



De otro tipo

Novela

Alejandra Atala

La legendaria ciudad amurallada de Skándara

o La espada Golodra / Alejandra Atala

—México: Editorial De otro tipo, 2021

144 p. 21.5 cm

Serie: Ficción De otro tipo

Género: Novela

© Alejandra Atala, *La legendaria ciudad amurallada de Skándara*
o *La espada Golodra*

© Primera impresión: julio de 2021

D. R. 2021 Editorial De otro tipo S.A. de C.V. 1a privada de Mariano Abasolo no. 10
Col. Tepepan. Alc. Xochimilco. C.P. 16020. Ciudad de México.
55 56750240 / www.deotrotipo.mx

Editor: Walter Jay

Formación: José Luis Cruz García

Portada: Mauricio Gómez Morín

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito.

ISBN: 9786079901745

Impreso en México / Printed in Mexico



Contenido

Después de tanto andar...	17
Carta 41	19
Extraviadas, poco más de cuarenta cartas...	21
Soplaba el viento con fuerza...	25
Carta 42	27
Lentamente, Skándara dejó papel y manguillo...	29
Carta 43	31
Sin advertirlo, cierto rubor cubrió el rostro...	33
Carta 44	37
Carta 45	41
Skándara sabía que era imposible dar marcha atrás...	43
Carta 46	45
Era tal el frío, que Skándara se estremecía...	47
Carta 47	49
Skándara fue al encuentro de Corcel que seguía...	53
Carta 48	57
Desde aquella tarde de interminable cabalgata...	59
Carta 49	61
Cuánto tiempo le llevó llegar ahí...	63
Carta 50	65
A eso se dedicaba, a cuidar libros...	67
Carta 51	69

En cierta forma y en esencia, la vida de Skándara...	71
Carta 52	73
Skándara, como si años después respondiera...	75
Carta 53	77
A Strum poco le importaba el clima...	79
Carta 54	83
Skándara sabía que Midons era el nombre que...	85
Carta 55	87
Parece necesario, aunque no sé bien a bien por qué...	89
Carta 56	91
Skándara decidió, después de hablar con las autoridades...	95
Carta 57	97
Sobrecogida por un inesperado e incontenible llanto...	101
Carta 58	103
El alma al fin vivificada de Skándara, la llenó de nuevos bríos...	105
Carta 59	107
Los días transcurrían.	109
Carta 60	111
Una fina lluvia empezó a caer cuando Skándara se levantó...	113
Carta 61	115
Ya nada anterior existía. Mi cuerpo temblaba,	117
Skándara pasó de largo por la cocina.	121
Carta 62	123
Sus yemas ligeramente doloridas danzaban sobre la...	127

Carta 63	129
El llanto nubló la vista de Skándara.	131
Carta 64	133
Volvió Skándara de la ya Legendaria Ciudad Amurallada.	135
Carta 65	137
Salió de casa y se echó a andar.	139



Yo dormía, pero mi corazón velaba

Ct 5, 2

Que no despertéis ni hagáis

velar al amor,

hasta que quiera.

Ct 3, 5

Después de tanto andar por el orbe terreno (imago mundi), esta mujer, con los oídos saturados del mundanal ruido, llega guiada por el tiempo a la encrucijada.

Él, caballero; ella, ciudad amurallada; mujer leal a esa cruz que se levanta ante sí, quien recibe con determinación el sublime don que transmuta en el símbolo de la espada.

Él, ella; ella, él, mujer caballero, conducida por artes ancestrales hacia ambos mundos, el exterior y el interior, que en esta historia parecen ser el mismo.

Carta 41

Amigo mío:

Con cierta turbación le saludo y con hondo sentimiento le reclamo una explicación. Dígame, le suplico, ¿cómo puede ser que las cartas que a usted iban dirigidas, noble caballero, hayan desaparecido del lugar más secreto de la casa? ¿Acaso tiene conocimiento del paradero de esa arqueta que, deduzco, antes de ser mía había sido suya y por eso la tomó? De ser así, cuánto confía en eso que hoy llamamos equilibrio mental. De más está decirle lo entrañables que eran esas páginas, sobre todo por la insospechada inspiración que provocaron en mí, ¿entiende? Eso espero, porque estoy segura de que sabe, mejor que nadie, lo que significan en sí mismas.

Al descubrir la desaparición de las cartas, créame, todo parecía desdibujarse, perder color, vida... evanescerse, y cuando digo todo, es todo... El columpio, hace tan poco tiempo, móvil de mis respuestas, se ha convertido en una presencia más que en días de viento rechina apenas audible; Strum, mi amado cartujano, aunque gato joven, anda con evidente desánimo por los rincones; la chimenea se ha vuelto una oscura oquedad que ha engullido aquella magia de luz y sombra, donde tenían lugar los más extraordinarios dibujos en leños ígneos;

la Espada ha parecido mimetizarse con la rugosa campana de piedra, perdiendo su bruñido lustre y la impronta de su presencia; por no hablarle de mis pensamientos, que al parecer ya no son míos ni de nadie, o quizá de usted sí, y apenas hoy vuelvo a advertirlo, en este blanco y negro que en nada se parece a la otrora armonía que tejía filigranas en todo mi entorno; es como si el universo interior y exterior fueran uno mismo, tanto en los movimientos, como en las acciones del Espíritu que las gobierna.

Ah, noble y querido caballero, me siento terriblemente atribulada y con fuerza casi para nada ... Mi ánimo, qué le digo, como el frío que está poblando mis estancias.

Apelo a su noble estirpe para que sea usted quien me indique qué debo hacer... Lo que sea, hágamelo saber, y no obstando haber estado en silencio varios días, prometo llevar a cabo lo que me sugiera, pues ya el sentido lo he perdido.

Por ahora, debo concluir esta carta; creo que lo dicho es suficiente, por hoy. Es menester ir a cerrar la ventana que el viento ha abierto. La temperatura sigue bajando sensiblemente.

Reciba un saludo cordial, de su desconcertada amiga de este presente,

Skándara

Extraviadas, poco más de cuarenta cartas quedaron suspendidas en la urdimbre del tiempo. Y es que él, su misterioso amigo, tendió un puente hacia Skándara. A través de insospechados medios le solicitaba respuestas a preguntas que rebasaban toda cordura, y que en cambio, parecían ir encontrando su fuente en el universo interior, digamos que en su intuición.

Sacudida por tamaña pérdida, aunada a las inútiles y consecuentes lucubraciones, lo único que Skándara podía vislumbrar en lo inmediato, era que esa relación establecida con ese hombre del medioevo, podría tener alguna semejanza con aquella amistad que suele ocurrir en la infancia con ese compañero o compañera de juegos que nadie más puede ver.

Dada la perplejidad en la que se encontraba, después del inexplicable extravío de cuarenta cartas y la antigua arqueta que las contenía, Skándara repasaba una y otra vez sus pasos, actos, acciones y... tanto como podía, los acontecimientos.

Cuarenta días atrás empezaron a tener lugar estos desconcertantes eventos. Ubicada en los lindes de la comarca, en el nacimiento de la colina que es figura señera de ese poblado, recodo solitario y lleno de cumbres verdosas, Skándara entró en la biblioteca conventual que cuidaba, como trabajo temporal. Ignorando cómo y cuándo había llegado ahí y mucho menos quién sería el remitente, vislumbró un

rollo columbrado en uno de los libreros más antiguos; al darle alcance descubrió que se trataba de una obra de arte, un grabado, para ser precisa, que la dejó toda engolfada en sus trazos e imágenes, que por más esfuerzo que hacía, no conseguía abarcarlo todo con su mirada. Fenómeno extraño como el que ocurre a veces en los sueños, o incluso en la vida misma, que al estar tan próximos a los sucesos al querer enfocar y distinguir alguna imagen que tenemos enfrente, a detalle, es imposible lograrlo. Por esa razón y llena de estupor, con trémulo cuidado lo adhirió a una tabla y decidió colocarlo, lo mejor posible, en el muro de piedra de la estancia principal, ahí donde la luz, a través del ventanal, se filtraba generosamente a ciertas horas del día; óptimo sitio en el que sin duda, podría, en algún momento, captar todo su plástico lenguaje.

Ahí estaba el grabado en su totalidad, frente a sí. Lo primero que advirtió es que no tenía firma, nombre, siglas ni fecha por ningún lado; lóbrego en cierto modo por su misteriosa esencia y, sin embargo, paradójicamente luminoso por lo que revelaba en sí mismo, insisto, por partes.

La frustración y el dolor atormentaban a Skándara cuando pretendía escribir acerca de lo ya escrito; abundar en nuevas misivas sobre lo ya dicho, era como pretender cincelar sobre un palimpsesto, una y otra y otra vez, sin que resonaran redundantes y molestos ecos en el alma, en el puño, en las letras... de modo que procuró, por su bien, hacer caso a aquellas palabras de Goethe, que llegaban como su tabla de salvación, las cuales dicen que si queremos entenderlo todo enteramente, acabamos por conocer poco las cosas.

Skándara debía darse ánimos, hacer acopio de voluntad y extraer de uno de los cajoncitos de su mesa de trabajo una hoja más, ¡una más!, por ahora, una de aquellas que se habían tornado ligeramente sepia por el paso del tiempo, y el pomo de tinta acompañado de un

fino manguillo de cuerpo laqueado, que encontró en la biblioteca y que dado que nadie, hasta la fecha, había reclamado, se llevó consigo a su casa.

Desolada y con el corazón contrito, Skándara se preguntaba una y otra vez, en dónde podían estar esas cartas, en dónde el vivo contenido que ellas poseían: la caverna prodigiosa, la detallada caminata en el bosque para encontrarlo, después de horas y días de andar, el preciado don que había llegado a sus manos...

Sólo había una persona a quien Skándara podía hacerle esa pregunta.

Soplaba el viento con fuerza, un helor inusual iba invadiendo sus estancias, y aun así, no había manera o algún incentivo más que el frío que la atenazaba, que moviera a Skándara para encender la chimenea, único medio con el que contaba para mitigar en lo posible ese cortante hálito helado, pues diezmada por su vida anterior en la bulliciosa urbanidad, se negaba a meter calefactores artificiales en su casa; por menos se había alejado de ese oscuro monstruo que avanzaba a pasos agigantados, ensombreciendo los escenarios exteriores como los interiores con su esencia de acero, cemento, asfalto y máquinas de insufrible velocidad.

Cómo entender los sucesos, el duelo y la angustia de Skándara. Efectivamente, había escrito cuarenta cartas que habían desaparecido abruptamente, todavía acompañada del tan incomprensible como arbitrario anuncio de otras tantas dictadas en su mente, al mecerse en ese rústico vehículo, el columpio que parecía ser el solio de todos los tiempos y la estancia de sus propias sibilas. Lo más atinado a pensar, era que ya hubieran llegado a su destinatario, quien con toda seguridad ya las había leído; ¿para qué, entonces, guardaba con recelo algo que si un día le perteneció ya no le correspondía? Y claro, si le escribió al mismo amigo para preguntarle por ellas, fue porque era el único que podía tener noticia de esas letras.

Skándara, como cada mañana, tomó camino a la biblioteca. El viento nocturno había limpiado el aire y el paisaje se mostraba diáfano, como si el mismo viento le hubiera traído un sueño favorable, Skándara se veía relajada, la aflicción en su rostro había desaparecido. Caminaba con determinación, casi podría decirse que sus pasos, no obstante la altura de la hierba, sonaban concisos y resueltos, llevando además de la geográfica, una dirección concreta.